

El proceso de helenización de la nación en Grecia: construcción de la identidad sobre las ruinas de la Acrópolis

[The process of Hellenization of the nation in Greece: building identity on
the ruins of the Acropolis]

Adrián Díaz Carrasco
Universitat d'Alacant / Universidad de Alicante

Resumen

El objetivo de este artículo es explicar el proceso de helenización que se desarrolló entre la población griega durante las décadas finales del siglo XVIII y la primera mitad del XIX, y que quedó firmemente asentado en la idea moderna de nación que hizo triunfar la Revolución de 1832. Para ello, se examinarán las causas que propiciaron este proceso, así como los medios que fueron necesarios para llevarlo a cabo. Por último, se analizará el complejo de la Acrópolis de Atenas como consecuente actual de dicha helenización, por habersele dotado de una significación y carga ideológica que repercuten directamente sobre la idealización del mito nacionalista de la herencia cultural y racial que presenta a los griegos modernos como descendientes directos de los antiguos.

Palabras clave

Acrópolis, Antigüedad, arqueología, Grecia, nacionalismo

Abstract

The aim of this article is to explain the process of Hellenization that took place among the Greek population during the final decades of the 18th century and the first half of the 19th century. Thus, the possible causes that led to it will be presented, as well as the means necessary to achieve it. Finally, the Acropolis complex in Athens will be analyzed as a consequence of this process, having been endowed with a significance and ideological charge that directly impacts the idealization of the nationalist myth of cultural and racial heritage that presents modern Greeks as direct descendants of the ancients.

Keywords

Acropolis, Antiquity, Archaeology, Greece, Nationalism

Introducción

Grecia es uno de esos países que parece haber sido fagocitado por su propio pasado, en un contexto similar a los de Italia o Egipto. No obstante, en el único caso donde es necesario apostillar que nos referimos al periodo moderno es en el griego, ya que la mera mención de Grecia en encuentros académicos y populares a nivel mundial basta para evocar imágenes estrechamente relacionadas con de la Antigüedad clásica¹. Y es que, desde la instauración del Estado independiente en 1832, dicho periodo ha servido para nutrir la identidad nacional a partir de un pasado idealizado y glorioso que enorgullece a la ciudadanía griega por tratarse, no solo de una historia propia, sino también europea, e incluso universal, como «cuna de la civilización». Esto ha permitido al Estado griego servirse de él para promocionar sus intereses tanto dentro de sus fronteras, como, especialmente, fuera de ellas, dando lugar a uno de los mayores exponentes de poder blando (o *Soft Power*) del mundo².

En este sentido, la imagen de la Acrópolis de Atenas se ha convertido en el principal elemento con el que emplear ese poder blando, ya que alude continuamente al mito nacional de la herencia clásica forjado por el movimiento filohelenista de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX. La fuerza de esta imagen reside en su capacidad para dotar por sí misma de significado a un paisaje en ruinas, como eran el Partenón y los demás templos. Una imagen reconstruida que se hace según los patrones del nacionalismo romántico europeo, en los que se yuxtaponen la gloria antigua y su resurrección entre quienes se consideran herederos de ese pasado³.

Un ejemplo reciente bastante elocuente fue la camiseta que presentó en 2023 el equipo de baloncesto Panathinaikos, en la que figuraba el perfil completo de la Acrópolis, con un destacadísimo Partenón como elemento más visible. La presentación oficial, así como las imágenes promocionales, se realizarían asimismo en el Museo de la Acrópolis, a los pies del templo diseñado por Fidias⁴. Con el símbolo de su ciudad y del país en el pecho, el club ateniense se mostraba así como embajador oficioso de Grecia ante los ojos del mundo.

¹ Yannis Hamilakis, *The Nation and its Ruins. Antiquity, Archaeology and National Imagination in Greece* (Oxford: Oxford University Press, 2007), pp. 57-58.

² Según datos recogidos por Brand Finance en su Índice Global de Poder Blando 2025 (<https://brandirectory.com/softpower>), Grecia alcanza una puntuación total de 46.8, lo que posiciona al país en el puesto 34 a nivel mundial y en el 8º en el apartado de «Cultura y patrimonio».

³ Effie-Fotini Athanassopoulos, «An “Ancient” Landscape: European Ideals, Archaeology, and Nation Building in Early Modern Greece», *Journal of Modern Greek Studies* 20.2 (2002), p. 276.

⁴ Panathinaikos BC (19 de septiembre de 2023), «Παρουσίαση της νέας φανέλας στο Μουσείο της Ακρόπολης», *Paobc.gr*. https://www.paobc.gr/104101_paroysiati-tis-neas-fanelas-sto-moyseio-tis-akropolis/

Sin embargo, antes del periodo ilustrado, tanto este yacimiento como el resto de los conjuntos arqueológicos antiguos, eran considerados ruinas que, si bien podían tener cierta relevancia estética, no estaban cargadas del peso ideológico y cultural que ostentan ahora. Un peso que bebe de la creencia, asociada al Romanticismo occidental, de que el gran arte puede trascender sus circunstancias culturales y materiales para ofrecer verdades intemporales directamente a los espectadores. Es decir, la Acrópolis actúa como una tecnología de la memoria que puede destruir, sustituir, inventar y controlar mediante la destrucción, construcción y reconstrucción de sus partes⁵. Uno de los ejemplos más claros, fue la destrucción sistemática de todas las iglesias y elementos bizantinos que existían en la Acrópolis durante el siglo XIX⁶, con el propósito de eliminar todo aquello que confrontase con el proceso de helenización de la nación. Así pues, este artículo tratará de responder dos cuestiones que considero fundamentales: 1. en qué consistió la helenización de la nación griega y 2. cómo se ha ido dotando de contenido ideológico a la Acrópolis como culmen de dicho proceso.

La helenización de los griegos

El concepto de helenización es uno de los más poliédricos que existen en la historiografía, puesto que puede aplicarse, con diferentes matices y aristas, en función de la época histórica que tratemos. En el caso de la contemporaneidad, el concepto de helenización podría definirse como el proceso de homogeneización cultural y educativa que afectó a las minorías lingüísticas residentes en el Estado griego moderno⁷. A esto podría añadirse una particularidad, el redescubrimiento por parte de la burguesía griega del pasado clásico y su promoción sobre la base de los presupuestos de la Ilustración, que se produjo entre finales del siglo XVIII y la primera mitad del XIX y que trajo un despertar nacionalista. Y es que Grecia cuenta con un pasado cultural extenso, pero nada unificado. Esta fragmentación queda reflejada en los diversos nombres utilizados para designar a sus habitantes: *helenos* (los griegos de la Antigüedad), *romaioi* o *romioi* (durante el periodo de dominación romana, así como a los súbditos de los Imperios bizantino y otomano) y *griegos* (para

⁵ William St Clair, «Looking at the Acropolis of Athens from Modern Times to Antiquity», en Sandis Constantine (ed.), *Cultural Heritage Ethics: Between Theory and Practice* (Cambridge: Open Book Publishers, 2014), pp. 59-61.

⁶ Effie-Fotini Athanassopoulos, «Byzantine Monuments and Architectural “Cleaving” in Nineteenth-Century Athens», en Olivier Delouis, Anne Couderc y Petre Guran (eds.), *Héritages de Byzance en Europe du sud-est à l’époque moderne et contemporaine* (Athenas: École française d’Athènes, 2013), pp. 195-203.

⁷ John S. Koliopoulos y Thanos Veremis, *Greece: The Modern Sequel. From 1831 to the Present* (Nueva York: New York University Press, 2002), pp. 232-241.

el resto de Occidente desde que el fin de la dominación otomana)⁸. Por ello, dicho despertar, implicaría el cambio en la autopercepción, pasando de definirse como *romioi* (una identidad asociada al vasallaje) a considerarse *helenos modernos*, identidad que los erigiría en descendientes directos de los considerados precursores de la «cuna de la civilización»⁹.

Este «despertar» vino propiciado por la influencia de una Ilustración que permitió a los europeos redescubrir el pasado grecorromano, lo que implicaría un renovado interés por Grecia como territorio y como *topos*; es decir, una mezcla de realidad y mito que se traducirá en propiedad nacional y reivindicativa de Occidente¹⁰. Es ahí donde radica la particularidad del nacionalismo griego y, a la postre, el éxito que supuso la independencia de Grecia, pues la Revolución griega, a diferencia del resto de revoluciones de la ola de los años veinte del siglo XIX, nunca se concibió como un asunto exclusivo de los griegos¹¹. La liberación de Grecia del «yugo turco» era sinónimo de la liberación de la Europa cristiana frente al Oriente islámico. Esta idea venía recogida en el *Manifiesto dirigido a Europa* que Petros Mavromijalis publica en 1821:

Invocamos por tanto la ayuda de todas las naciones civilizadas de Europa para poder conseguir con mayor prontitud el objetivo de una empresa justa y sagrada, reconquistar nuestros derechos y regenerar a nuestro desgraciado pueblo. Grecia, nuestra madre, fue la luz que os iluminó; por esta razón, confía en vuestra filantropía activa¹².

Ahora bien, para llegar a este texto tuvo que desarrollarse lo que en la historiografía griega se ha denominado «Διαφωτισμός». Este concepto fue, durante el siglo XX, definido por Konstantinos Dimaras como «un conjunto de fenómenos culturales de nuevo signo que irrumpen en la sociedad griega a mediados del siglo XVIII, llega a su máximo apogeo durante las dos primeras décadas del siglo XIX y concluye con el inicio de la Revolución griega (1821)»¹³. No obstante, ha quedado demostrado que la corriente de historiadores que siguió a Dimaras en la promoción de este concepto lo sobreestimó. Actualmente existe un debate en torno a cómo entenderlo, bien como un amplio movimiento que modificó la opinión pública a gran escala, bien como un fenómeno superficial liderado por un número limitado de intelectuales. De todas formas, es interesante en cuanto al trasfondo que plantea, ya que, para Europa, existe una Ilustración *general*, sin apellidos ni nacionalidad, mientras

⁸ Nicolas Demertzis y Hara Stratoudaki, «Greek Nationalism as a Case of Political Religion: Rituals and Sentimentality», *Historical Social Research* 45.1 (2020), p. 104.

⁹ Roderick Beaton, *Los griegos: una historia global* (Barcelona: Ático de los Libros, 2024), pp. 389-390.

¹⁰ Y. Hamilakis, *The Nation and its Ruins*, p. 58.

¹¹ R. Beaton, *Los griegos*, p. 395.

¹² Πετρόμπεης Μαυρομιχάλης, Προειδοποίησης εις τας ευρωπαϊκάς αυλάς (Kalamata, 1821).

¹³ María López Villalba, «El libro griego en la época de la Ilustración», *Erytheia* 32 (2011), p. 254.

que Grecia tuvo la suya propia. Esto podría interpretarse como un intento por demostrar a las potencias europeas (principalmente Reino Unido, Francia y Rusia) que los griegos modernos eran igual de capaces que sus ancestros y, como consecuencia, dignos herederos de su historia. A raíz de ello, una de las características más importantes de la Ilustración griega fue la educación, entendida como el proceso *helenizante* de la propia sociedad griega en esta «conversión» de los *romioi* en los helenos modernos¹⁴.

Pese a que mediante la helenización se buscaba establecer una conexión directa entre los helenos y los griegos, no dejaba de ser algo paradójico. Mientras que la *intelligentsia* griega estaba conformada por una clase burguesa mercantil que en la práctica vivía *fuera* de la península Balcánica (en países como Austria, Reino Unido o Francia), la educación quedaba en manos de la Iglesia ortodoxa. Esto planteaba los siguientes dos escenarios.

Por un lado, la burguesía comercial naviera estaba fuertemente influida por las ideas occidentalizantes del pasado clásico grecorromano. Esta burguesía buscaba dirigir la educación desde la producción en masa de libros escritos en griego para los griegos¹⁵, sobre temas que abarcaban desde la geografía (donde destacan la toponimia¹⁶ y las fronteras que delimitaban el «territorio griego»)¹⁷, hasta el correcto uso de la lengua y su *purificación*. Es más, el factor lingüístico, como exponente de una cultura y civilización, totalmente ajena a la del ocupante musulmán, fue determinante en los diferentes procesos de emancipación nacional a lo largo de todo el siglo XIX y buena parte del XX¹⁸. Además, las principales ciudades donde se abrieron imprentas (Venecia, París, Viena, Londres, Moscú, Pest, Leipzig...) eran centros importantes de difusión y transformación de ideas con una actividad comercial destacable. El resultado fue una diáspora griega que, influida por la Ilustración y, posteriormente, por el Romanticismo; que se interesó por todo lo griego, incluso en una época en la que no existía un Estado-nación griego,

¹⁴ R. Beaton, *Los griegos*, p. 383.

¹⁵ Según Fílipos Iliú, los libros producidos en aquellos años debían ir dirigidos al público lector griego, con la lengua como criterio único y determinante. En M. López Villalba, «El libro griego en la época de la Ilustración», p. 250.

¹⁶ Un real decreto del rey Otón I de 1833 determinaba el cambio de denominación de numerosos municipios y accidentes geográficos con el fin de recuperar su toponimia «original». Además, en 1909 se creó la Επιτροπεία Τοπωνυμίων της Ελλάδος (Comisión de Topónimos de Grecia), la cual, con la excusa de estudiar el origen histórico de los topónimos, cambió todos los que tuvieran alguna terminación extranjera por nombres antiguos que estuvieran «purificados». En Katerina Zacharia (ed.), *Hellenisms: Culture, Identity, and Ethnicity from Antiquity to Modernity* (Londres: Routledge, 2008), p. 232.

¹⁷ Los ejemplos más importantes son la *Geografía moderna* (1791), donde se establecía la denominación de «Hélade» para el territorio griego, y el *Mapa de Grecia* (1797) de Rigas Velestinlis, donde se establecen las «fronteras» de Grecia.

¹⁸ Pedro Bádenas de la Peña, «La situación lingüística en Grecia: problemas y perspectivas», *Erytheia* 9.2 (1988), p. 305.

permitió a los europeos alfabetizados y a los filohelenos proyectar sobre el carácter nacional griego (y su *intelligentsia*) los rasgos que buscaban para sus propios pueblos, y viceversa. Así construyeron un carácter nacional ideal, un canon y, al mismo tiempo, una utopía¹⁹.

Por otro lado, desde el siglo XV, la división territorial otomana estaba organizada en entidades semiautónomas basadas en la religión, los *millets*. Todos los súbditos ortodoxos pertenecían al *millet-i Rum*, que era el más grande tras el *millet* musulmán e incluía a poblaciones de habla griega (*romioi*) y de habla no griega. La administración de la Iglesia ortodoxa estaba en manos de los *romioi* y, como resultado, la lengua griega se convirtió en la forma de expresión dominante y en un signo cultural clave entre todos los cristianos²⁰. Ahora bien, aunque la Iglesia contaba con gran autonomía e influencia en su *millet* y, pese a que habían fundado escuelas en Constantinopla y que durante el siglo XVIII hubiera un intento por expandirse masivamente para llegar a la población urbana, no buscaba generar un clima emancipatorio, sino más bien cosechar beneficios prácticos para sus provincias. Además, los intereses de esta clase eclesiástica convergían con los de la clase fanariota, la cual había florecido en la administración imperial como una aristocracia semioficial griega²¹. Por tanto, la emancipación solo podía suponer una pérdida de privilegios para ambos grupos.

Como consecuencia, el proceso helenizante del conjunto de la sociedad griega vino impuesto desde Europa como resultado de la Ilustración. Yannis Hamilakis es claro en esto:

El redescubrimiento del patrimonio helénico por parte del pueblo griego fue, por lo tanto, consecuencia de una serie de procesos vinculados a la evolución económica y política, así como a tendencias ideológicas como la glorificación de la antigüedad clásica helénica (que sustituyó en gran medida a la antigüedad romana) por parte de las clases medias europeas. [...] Este proceso distaba mucho de ser sencillo: para quienes se consideraban helenos, no se trataba simplemente de imitar una moda. Era la recuperación de la propiedad de un patrimonio. Era un intento de reivindicar la participación en la modernidad europea, pero desde una posición de superioridad, basada en la percepción de que el pueblo de la Grecia moderna era descendiente directo y legítimo propietario de la Europa clásica²².

Así pues, la concepción nacional de lo griego no existía, se trata más bien de una construcción posterior, en una situación similar a la de otros países de la periferia europea²³. A la postre, esto evidencia los graves problemas de

¹⁹ N. Demertzis y H. Stratoudaki, «Greek Nationalism», pp. 106-107.

²⁰ Y. Hamilakis, *The Nation and its Ruins*, p. 75.

²¹ R. Beaton, *Los griegos*, pp. 377-383.

²² Y. Hamilakis, *The Nation and its Ruins*, pp. 76-77.

²³ N. Demertzis y H. Stratoudaki, «Greek Nationalism», p. 104.

continuidad histórica que presentaba el incipiente proceso de helenización de la nación, que se produjo en paralelo al de la sociedad. Esta urgencia por helenizar la nación se manifestó durante y tras la Revolución griega de 1821. A lo largo del periodo previo al estallido revolucionario, escritos como *Hiperión* (1794-1795) de Friedrich Hölderlin o *Las peregrinaciones de Childe Harold* (1812-1818) de lord Byron²⁴, sirvieron como base desde donde potenciar el redescubrimiento heleno en Europa y ejercer una presión e influencia sobre los liberales para que reclamasen posteriormente la liberación de la nación griega. En este sentido, el prefacio de la obra *Hellas* (1822), de Percy Bysshe Shelley, es el culmen de este pensamiento y el que mejor refleja la ideología del filohelenismo romántico:

La apatía de los gobernantes del mundo civilizado ante la asombrosa circunstancia de los descendientes de esa nación a la que deben su civilización, resurgiendo como si fuera de las cenizas de su ruina, es algo perfectamente inexplicable para un mero espectador [...] Todos somos griegos. Nuestras leyes, nuestra literatura, nuestra religión, nuestras artes tienen su raíz en Grecia. [...] El griego moderno es descendiente de esos seres gloriosos que la imaginación casi se niega a figurarse como pertenecientes a nuestra especie, y hereda mucho de su sensibilidad, su rapidez de concepción, su entusiasmo y su coraje²⁵.

Este prefacio escrito durante la Revolución ejemplifica y resume el pensamiento del filohelenismo romántico, ya que sirvió de nexo para las ideas que defendían desde ese neohelenismo identitario que asociaba a los griegos antiguos con los modernos y que tanto influyó en las diásporas griegas occidentalizadas²⁶. En 1906, L. E. Richards recuperaba la correspondencia del filoheleno estadounidense Samuel Gridley Howe, quien explicaba en su diario lo siguiente:

El término “Filoheleno” puede no significar mucho hoy, pero a principios de los años veinte del siglo XIX era una palabra evocadora. Significaba un hombre, generalmente un hombre joven, que estaba listo y deseoso de abandonar la comodidad, la costumbre, la obtención de dinero e ir al extranjero para luchar contra un enemigo salvaje entre montañas salvajes, todo por amor a la libertad y a esa querida tierra que estaba

²⁴ La importancia de los viajeros del *Grand Tour* a la hora de «redescubrir» Atenas y propagar esos ideales filohelénicos fue fundamental para consolidar las bases identitarias del incipiente nacionalismo griego. Ver Robert K. Pitt «Early Travelers and the Rediscovery of Athens», en Jenifer Neils y Dylan Rogers (eds.), *The Cambridge Companion to Ancient Athens* (Cambridge: Cambridge University Press, 2021), pp. 437-448.

²⁵ Percy Bysshe Shelley, *Hellas* (Londres, 1822), p. 3.

²⁶ William St Claire, *Who Saved the Parthenon? A new History of the Acropolis Before, During and After the Greek Revolution* (Cambridge: OpenBook Publishers, 2022), pp. 52-53.

próximo en sus afectos a los suyos, la tierra del Ideal imperecedero²⁷.

Ahora bien, aunque los esfuerzos que realizaron los filohelenos por influir en la diplomacia europea no se discuten, sí conviene resaltar que la ayuda no la prestaban en apoyo a la población griega actual, sino a la *nación*, como comunidad imaginada, que decía representar a población. Alexis Dimaras fue bastante elocuente a este respecto cuando definió a los «filohelenos» como:

un movimiento heterogéneo que se caracterizó por la defensa de “lo heleno”, que no de “lo griego”; esto es, la defensa de la cultura material e inmaterial que pertenece a la Grecia antigua como civilización, pero que no corresponde con los intereses que pudieran representar a las poblaciones que habitaban Grecia en la actualidad; a eso se les llamaría grecófilos²⁸.

De hecho, muchos de los que participaron en la guerra dejaron por escrito sus vivencias, que acabaron siendo censuradas por el gobierno revolucionario para evitar perder el apoyo diplomático de las grandes potencias. Algunos de ellos, como el escritor italiano Brengeri en 1826, narraron sus experiencias durante los primeros compases de la guerra. En su libro, publicado de forma anónima, describe el impacto que le produjo contemplar los cadáveres «de estas inocentes víctimas sin compasión y horror»²⁹. Un compañero suyo llamado Persat describe lo siguiente:

Mi entusiasmo por los griegos se había enfriado considerablemente después del horrible saqueo de Tripolitsa [Trípoli]. Allí rescaté a una familia turca, regateando con un grupo de asaltantes y comprándolos por 20 piastras, quedando así con un abuelo, una madre, tres niños pequeños y una niña de trece años. Los dos mayores murieron de disentería y los niños fueron asesinados un día mientras estaba fuera obteniendo comida. Eso me dejó a la niña a la que alojé por seguridad con una familia italiana en Argos. Disgustado con lo que había presenciado, contemplé unirme a Baleste e ir a Creta³⁰.

Así, muchos filohelenos comenzaron a percibir a los griegos contemporáneos como impropios descendientes de los antiguos o, directamente, como no merecedores de tal honor. En cualquier caso, la difícil convivencia con los líderes griegos locales, junto a la autopercepción que buena parte del campesinado griego tenía como *romioi*³¹, preocuparon a la clase política revolucionaria. De ahí que, el Estado

²⁷ Mark Mazower, *The Greek Revolution. 1821 and the Making of Modern Europe* (Londres: Penguin Books, 2021), p. 217.

²⁸ Alexis Dimaras, «The Other British Philhellenes», en Richard Clogg (ed.), *The Struggle for Greek Independence* (Londres: The Macmillan Press, 1973), p. 201.

²⁹ Hace referencia al asedio de Trípoli en septiembre de 1821.

³⁰ M. Mazower, *The Greek Revolution*, pp. 236-239.

³¹ R. Beaton, *Los griegos*, pp. 396-397.

griego, una vez independiente, se dedicara con urgencia a proporcionar puntos de referencia mediante un proyecto topográfico e iconográfico donde los edificios, yacimientos y artefactos antiguos fueron esenciales para dotar de una naturaleza tangible y objetiva a la nación³². De ahí la importancia de los ya mencionados cambios toponímicos, la creación del primer museo arqueológico nacional en Egina (1829) y su posterior gemelo en Atenas (1889), la fundación del Servicio Arqueológico Estatal (1833) o el conjunto de la legislación arqueológica que se ha ido aprobando desde 1834 hasta hoy³³.

Por otra parte, los esfuerzos para proporcionar una visión unificada de la historia griega, como base de una identidad homogénea, estuvieron en manos de historiadores como Konstantinos Paparrigopoulos y Spyridon Zambelios, que ya durante la segunda mitad del siglo XIX articularon una narrativa lineal sobre la historia griega, incorporando la helenización del periodo bizantino³⁴. Y es que la idea de las «dos Grecias» diferenciadas, la antigua y la bizantina, representaba una amenaza para el proceso helenizante de la nación³⁵. En ella se encuadraba una serie de publicaciones que buscaban romper con esa continuidad histórica. En su obra *Geschichte der Halbinsel Morea während des Mittelalters* (1830), el historiador alemán Jakob Philipp Fallmerayer recoge lo siguiente:

La raza helena ha sido exterminada en Europa. La belleza física, la brillantez intelectual, la armonía y la sencillez innatas, el arte, la competencia, la ciudad, la aldea, el esplendor de la columna y el templo; de hecho, incluso el nombre ha desaparecido de la superficie del continente griego... Ni una gota de sangre helénica pura corre por las venas de la población cristiana de la Grecia actual³⁶.

En realidad, estas palabras vienen marcadas por un hecho incontrovertible: que la independencia había sido liderada por arvanitas y arrumanos, evidenciando la «intoxicación clásica» que sufría el nuevo Estado griego. De ahí que la idea de la purificación³⁷ con la que teorizaba Adamantios Koraís sobre la lengua, se extrapolase también a la cultura material e inmaterial. Bádenas de la Peña comentaba sobre Koraís lo siguiente: «La regeneración de Grecia

³² Y. Hamilakis, *The Nation and its Ruins*, pp. 78-79.

³³ Para la historia de la arqueología griega, véase Sofia Voutsaki, «Archaeology and the construction of the past in nineteenth century Greece», en Hero Hokwerda (ed.), *Constructions of Greek past. Identity and historical consciousness from Antiquity to the present* (Leiden-Boston: Brill, 2003), pp. 231-255.

³⁴ N. Demertzis y H. Stratoudaki, «Greek Nationalism...», p. 104.

³⁵ Eleana Yalouri, *The Acropolis: Global Fame, Local Claim* (Oxford: Berg, 2001), pp. 94-96.

³⁶ Jakob Philipp Fallmerayer, *Geschichte der Halbinsel Morea während des Mittelalters* (Stuttgart, 1830), pp. 2-6.

³⁷ Raphael Greenberg y Yannis Hamilakis, *Archaeology, Nation, and Race: Confronting the Past, Decolonizing the Future in Greece and Israel* (Cambridge: Cambridge University Press, 2022), pp. 75-108.

requiere, para él, la purificación, no sólo de todos los elementos tomados del turco, sino de todos los dialectalismos considerados aberrantes»³⁸. Así pues, para llevar a cabo esta tarea se buscaron la continuidad y las similitudes entre su carácter nacional contemporáneo, sus costumbres y sus canciones populares y las de sus antepasados³⁹. De esta idea también nace el traslado de la capital de Nauplia a Atenas en 1834, ya que, a pesar de que Nauplia era un centro económico y administrativo mucho más consolidado que la Atenas del momento, la ciudad del Ática contaba con la Acrópolis y simbolizaba un nexo directo con el pasado antiguo. Existió una oposición griega al cambio de la capital, argumentando que el coste del traslado acabaría con las inversiones que debían destinarse a la agricultura, el comercio o la educación. Con el tiempo, el atractivo de la idea de la Atenas clásica, tan querida por el gobierno bávaro, no dejó indiferentes a los griegos. De hecho, cada vez más, los habitantes griegos comenzaron a ver Atenas a través de los ojos de los europeos clasicistas:

La famosa Atenas, que mantiene nuestro respeto indeleble, merece ser glorificada. Pero es glorificada porque nuestro gobierno la declaró, con razón, capital de la prefectura, porque con el tiempo estará en condiciones de asumir el lugar de la sede real, pero incluso hoy es la sede, la metrópoli, de las Luces, porque se están restableciendo el Gimnasio, el Liceo, la Odeón, la Academia y todas las demás instituciones renombradas del pasado. Por último, Atenas es glorificada porque seguirá existiendo por toda la eternidad, famosa por sí misma, en virtud de sus legados más respetados⁴⁰.

Esa idea de eternidad sería lo que evocaría desde el horizonte la Acrópolis, ubicada por encima de todo el mundo física y simbólicamente, estableciéndose la capital del Estado griego en «el centro intelectual del mundo»⁴¹. De esta forma, tanto Atenas, como sus ruinas, especialmente la Acrópolis, se llenaban de un significado ideológico que potenciaba la unidad histórica y consolidaba la helenización de la población y su nueva identidad nacional.

La Acrópolis como símbolo idealizado

Con la idealización a la que se expuso la Acrópolis como horizonte, llama la atención ver que, actualmente, no poca gente se lleva una decepción cuando viaja a Atenas y observa la situación en la que se encuentran el yacimiento y la ciudad. Desde hace años, a partir del estallido de la crisis de deuda soberana

³⁸ P. Bádenas de la Peña, «La situación lingüística en Grecia», p. 318.

³⁹ N. Demertzis y H. Stratoudaki, «Greek Nationalism», p. 107.

⁴⁰ Anónimo (1834, 3 octubre), Αθηνά 3 (184).

⁴¹ Eleni Bastéa, *The Creation of Modern Athens: Planning the Myth* (Cambridge: Cambridge University Press, 2000), pp. 6-14.

de 2009, Atenas ha visto cómo se iban degradando paulatinamente los servicios, las condiciones de vida y los recursos públicos en los que se sustentaba su estado de bienestar. Pese a ello, muchos de los esfuerzos se redirigieron hacia las demandas, una vez más, de los turistas que acudían a visitar el país. Al igual que en el siglo XIX, aunque ahora de forma masiva, llegaban los europeos a Grecia con el objetivo de visitar la Acrópolis y sus edificios, vistos como el reflejo de la cultura de Occidente. A este particular, resulta interesante constatar que, desde la década de 1830, la Acrópolis real se ha ido asemejando gradualmente a los grabados idealizados del siglo XVIII, cuyos artistas imaginaban cómo era el Partenón en la Antigüedad. Esto se deriva del objetivo explícitamente declarado de quienes, en 1834, decidieron que los cuatro principales edificios antiguos (Ágora, Torre de los Vientos, Templo de Zeus Olímpico y la Acrópolis) debían ser visibles desde todos los ángulos de la ciudad⁴². Es decir, el Estado griego, con el paso de los años, ha ido legislando para llegar a convertir la Acrópolis en la fantasía idealizada que proyectaban los europeos sobre ella desde la Ilustración, al considerar el yacimiento como un almacén de capital cultural y simbólico.

Esto ha ocurrido porque, a diferencia de, por ejemplo, las pirámides de Egipto, la Acrópolis de Atenas se ha presentado en los últimos siglos, dentro de las tradiciones políticas y artísticas occidentales, como una inspiración para el mundo moderno⁴³. En el siglo XVIII, Winckelmann expresaba que «el único camino que nos queda a nosotros [los modernos] para llegar a ser grandes es el de la imitación a los antiguos». Él abogaba por que los artistas pudieran acceder a las colecciones reunidas por aristócratas coleccionistas, como William Hamilton, con el objetivo de emplearlas como referencias estéticas. Esto dio lugar a la consolidación del estatus del arte griego antiguo como el pináculo de la belleza, al considerar el ideal griego/heleno como utopía para la sociedad europea, perpetuando su valor a través de la imitación —como ya hacían con el arte de Roma—⁴⁴.

Con este pretexto, los coleccionistas, entre los cuales muchos se consideraban filohelenos, se sirvieron de su estatus y poder para *adquirir* todas las piezas posibles, dando lugar a expolios destacados como el cometido por Thomas Bruce, VII conde de Elgin, y «sus mármoles». Este tipo de actuaciones no eran exclusivas de los británicos, ya que, durante 1810, los embajadores franceses complementaron a menudo sus ingresos mediante el comercio de antigüedades. El objetivo de ambas potencias era recopilar objetos que pudieran exhibirse en el Louvre o en el Museo Británico para ilustrar el control que cada una ejercía sobre los territorios antiguos (Roma, Grecia y Egipto) y, así, llegar a construir una identidad estética y cultural que las mostrara como

⁴² W. St Clair, «Looking at the Acropolis of Athens», p. 72.

⁴³ W. St Clair, «Looking at the Acropolis of Athens», p. 61.

⁴⁴ Alice Procter, *El cuadro completo: la historia colonial del arte en nuestros museos* (Madrid: Capitán Swing, 2024), pp. 38-42.

herederas artísticas y filosóficas de Grecia⁴⁵. Uno de los ejemplos más claros es la ciudad de Edimburgo. El conjunto de monumentos ubicado en la zona de Calton Hill emula el arte griego, llegando a contar incluso con un «Partenón» que está considerado Monumento Nacional de Escocia. Además, la propia ciudad fue apodada como «la Atenas del Norte» debido a sus similitudes con la propia topografía de la ciudad antigua (*Old Town*), muy similar a la de la Acrópolis, y a la Ilustración que se produjo en Escocia, cuyas aportaciones científicas y culturales durante el siglo XVIII fueron de gran relevancia y convirtió a la ciudad de Edimburgo en un centro intelectual de primer orden.

Tras la independencia, la Acrópolis se convertiría en el símbolo de la nueva nación griega y de la unificación de una historia nacional que se valía de los monumentos antiguos como patrimonio que conectaba a los modernos helenos con los antiguos⁴⁶. Así, el yacimiento puede contemplarse desde todos los puntos de la ciudad, especialmente el Partenón, que ya desde el XIX había alcanzado una perfección atemporal, prevalente, familiar, indiscutible y, sobre todo, interiorizada de lo que debía representar la nación griega y, por ende, la «civilización occidental» y del nacionalismo paneuropeísta⁴⁷. Como consecuencia, desde 1834 en que Atenas se convierte en la capital de Grecia, todo el crecimiento económico, demográfico y urbano ha estado supeditado al patrimonio arqueológico y a su tutela: las excavaciones y restauraciones de la Acrópolis conforman el eje principal a partir del cual se desarrollan los planes urbanos⁴⁸. Además, las demoliciones llevadas a cabo entre 1835 y 1885-1890 a las que estuvo sometida con el fin de eliminar todos aquellos elementos que no pertenecieran al período clásico, sirvieron para que el material original se utilizase como un instrumento para la creación de la imagen de la ruina, en la que el valor de la autenticidad no estaría, por tanto, vinculado al de la materia, sino al de la Antigüedad que, con esa visión romántica y pintoresquista, se imponía de la mano de la teoría británica del culto y la fetichización de la ruina. Una ruina, que, además, se convierte en un auténtico monumento nacional, entendido a la manera francesa (*Lieu de mémoire* o lugar de la memoria): en un símbolo de identidad colectiva⁴⁹.

Sin embargo, existe la problemática que representa la devolución del conjunto escultórico de Elgin: 75 metros (de 160) que tenía el friso original, 15 de las 92 metopas, 17 figuras de los frontones, además, de, entre otros objetos,

⁴⁵ A. Procter, *El cuadro completo*, pp. 38-42.

⁴⁶ W. St Clair, *Who Saved the Parthenon?*, pp. 52-55.

⁴⁷ W. St Clair, *Who Saved the Parthenon?*, pp. 240-247.

⁴⁸ Julia García González, «Los museos del Acrópolis y la política patrimonial en Grecia», en Alicia Rosario Castillo Mena (ed.), *Personas y comunidades: Actas del II Congreso Internacional de Buenas Prácticas en Patrimonio Mundial* (Madrid: Servicio de Publicaciones de la UCM, 2015), pp. 888-889.

⁴⁹ María Pilar García Cuetos, «La Acrópolis de Atenas: de la ruina recreada al proyecto del nuevo museo de la Acrópolis como grito arquitectónico», *Liño: Revista anual de historia del arte* 14 (2008), pp. 144-147.

una cariátide del Erecteión. Un conjunto que, desde su expolio en 1803, ha sido objeto de una reclamación constante por parte del Estado griego. Melina Mercouri, quien fuera ministra de Cultura entre 1981 y 1989, en su discurso ante la Oxford Union en 1986, hizo la siguiente apelación:

Debéis comprender lo que significan para nosotros los mármoles del Partenón. Son nuestro orgullo. Son nuestros sacrificios. Son nuestro símbolo más noble de excelencia. Son un tributo a la filosofía democrática. Son nuestras aspiraciones y nuestro nombre. Son la esencia de lo griego⁵⁰.

Estas palabras fueron un grito que evidenciaba que Grecia era una nación incompleta. Una nación que veía que su propia helenización estaba por concluir ante la pérdida de un patrimonio tan importante como eran estos mármoles. Su recuperación no solo significaba volver a tomar el control sobre su patrimonio, sino que también implicaba la restauración del emblema, símbolo y valores que proyecta la nación griega sobre la Acrópolis y el Partenón⁵¹. De hecho, autores, como el estadounidense David L. Cohn, en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, usaron los mármoles como argumento para enviar ayuda a la Grecia ocupada por los nazis:

Los Mármoles tipifican y son en sí mismos una gloriosa expresión de la civilización occidental en su más alto apogeo, esa civilización que el hombre occidental heredó y que ahora está amenazada de destrucción, que nosotros y nuestros aliados estamos luchando por preservar.

Incluso el primer ministro británico, Winston Churchill, tenía intención de anunciar públicamente la devolución de las piezas tras el final de la guerra, donde serían colocadas de nuevo en el Partenón, como símbolo de la restauración de la civilización⁵².

No obstante, desde el Reino Unido siempre se ha tenido una postura reticente en cuanto a la devolución, ya que las piezas se habían convertido en parte de la identidad nacional británica comúnmente enseñada y oficialmente proyectada como un pueblo libre, intelectual y artístico que había heredado el patrimonio de la Atenas clásica⁵³. De hecho, desde este momento no ha habido ninguna postura de acercamiento entre ambos países. El Reino Unido se ha escudado en cuestiones legales y en acusar a Grecia de no disponer de un museo acondicionado de forma apropiada para la conservación de las piezas, resaltando así la misión del Museo Británico de *salvaguardarlas*. Un argumento incómodo, ya que proyecta la idea de que ciertas comunidades o

⁵⁰ Melina Mercouri, *Discurso dirigido a la Oxford Union* (12 de junio de 1986).

⁵¹ M. P. García Cuetos, «La Acrópolis de Atenas», pp. 152-153.

⁵² W. St Clair, *Who Saved the Parthenon?*, p. 615.

⁵³ W. St Clair, *Who Saved the Parthenon?*, p. 614.

países tienen más derechos sobre su historia material que otras⁵⁴.

De aquí nace la construcción del nuevo Museo de la Acrópolis, inaugurado en 2009, con el firme propósito de servir a los intereses del Estado griego adoptando un papel diplomático con el objetivo de presionar para el retorno de las piezas y con un discurso museístico muy marcado⁵⁵. Mientras que el museo antiguo de la Acrópolis bebía de la influencia de los intelectuales griegos de los siglos XIX y XX, quienes esperaban que pudiera mostrar toda la historia del lugar bajo el prisma que representaba el mito filohelénico occidental⁵⁶, el nuevo museo se proyectó a partir de tres claves: la luz, las personas y el yacimiento. Claves que constituían una demanda del concurso, en el que se especificaba que se debían poner en valor los restos arqueológicos con la luz natural como protagonista, entendiendo que la luz del Ática crea y forma parte de las esculturas al ser vistas, en su mayoría, con luz natural⁵⁷.

Con ello, conseguían un museo que expresaba un discurso museológico moderno que nace desde la parada de metro del museo con la exposición de piezas arqueológicas de la Acrópolis y un entramado urbanístico donde se revaloriza el espacio arqueológico. Además, es el propio museo el que dirige a los visitantes a través de un recorrido continuo donde, desde la libertad de contemplar todas las piezas expuestas, se siguen una coherencia y un orden cronológico. Un sentido ascendente donde no se puede retroceder y que evita que queden salas escondidas; donde cada planta y hueco, como el de la cariátide en su sala voladiza o los mármoles de la última sala, reiteran la idea del vacío que existe en el «corazón» de la nación griega. La clara relación entre el museo y la Acrópolis responde a la voluntad de hacer de ambos algo más, buscando cargarlos de un simbolismo reivindicativo que marca su presencia como hito en la trama urbana.

Pese a ello, todavía existen contingencias, como el caso de los mármoles de Elgin y diversas piezas en poder del Louvre, que condicionan la identidad helenizada de la nación, percibiéndose como un proceso incompleto o fragmentado. De ahí que la recuperación de ese patrimonio siga siendo una cuestión nacional que condiciona la acción exterior país, así como los debates internos políticos y sociales. De hecho, desde la llegada de George Osborne a la dirección del Museo Británico en 2021 y los laboristas al poder en 2024, la situación ha experimentado un cambio considerable con respecto a la

⁵⁴ A. Procter, *El cuadro completo*, p. 95.

⁵⁵ Dimitris Plantzos, «Behold the raking geison: the new Acropolis Museum and its context-free archaeologies», *Antiquity* 85 (2011), pp. 613-614. Véase también: Christina Ntaflou, «The New Acropolis Museum and the Dynamics of National Museum Development in Greece», en Dominique Poulot, Felicity Bodenstein y José María Lanzarote Guiral (eds.), *EuNaMus, European National Museums: Identity Politics, the Uses of the Past and the European Citizen* (París: Linköping University Electronic Press, 2011), pp. 97-111.

⁵⁶ W. St Clair, *Who Saved the Parthenon?*, pp. 651-652.

⁵⁷ J. García González, «Los museos del Acrópolis», p. 896.

devolución. Especialmente tras la crisis diplomática que se produjo en noviembre de 2023, cuando el por entonces primer ministro británico, Rishi Sunak, canceló la reunión con su homólogo griego, Kyriakos Mitsotakis, al declarar este último en la BBC que «las esculturas fueron robadas en su día por lord Elgin (embajador de Gran Bretaña ante el Imperio otomano) y deberían ser devueltas a su legítimo dueño»⁵⁸. Es posible que la remodelación y renovación de la sección oeste del museo, donde se ubica la Galería Duveen, donde se encuentra la colección Elgin, abra una oportunidad para la devolución. Según recoge el portal *Greek city times*, el posible acuerdo pasaría por realizar intercambios culturales entre ambos países y la creación de una fundación greco-británica dedicada a la investigación académica, entre otros puntos⁵⁹.

Asimismo, la devolución que ya hizo en 2022 el Museo Arqueológico de Salinas de Palermo (Sicilia) a Grecia del llamado *fragmento de Fagan*, puede servir como precedente para las negociaciones con el Museo Británico. En el caso italiano, en lugar de optarse por el «préstamo» (el cual implicaría el reconocimiento implícito de la propiedad), se ha empleado el término «depósito», que, para la legislación griega sirve como sinónimo de «legado»⁶⁰, no implicando así el reconocimiento de la propiedad por parte del receptor. No obstante, obliga al receptor a su restitución cuando sea solicitado. Además, la Ley de Organizaciones Benéficas del Reino Unido de 2022 permite a los fideicomisarios devolver objetos si existe una fuerte obligación moral de hacerlo. Los defensores argumentan que la devolución de los mármoles del Partenón a Grecia constituye un caso adecuado. Sumado a todo esto, la presencia en redes sociales de organizaciones y activistas a favor del retorno extiende su influencia para seguir ejerciendo presión sobre el Parlamento británico, donde el ala conservadora y la extrema derecha mantienen una oposición firme a la devolución alegando que «es un bien cultural británico»⁶¹.

Conclusiones

Tras su emancipación, Grecia se convirtió en el Estado nación más joven del sur de Europa, al tiempo que reclamaba para sí el título de cuna de la cultura europea. A su vez, Occidente «impuso» una división interna en el carácter

⁵⁸ Rafael Ramos (28 de noviembre de 2023), «Crisis diplomática entre Londres y Atenas por la propiedad de los frisos del Partenón», *La Vanguardia*. <https://www.lavanguardia.com/cultura/20231128/9413353/sunak-cancela-reunion-mitsotakis-raiz-comentarios-sobre-partenon.html>

⁵⁹ Nick Bourdaniotis (7 de septiembre de 2025), «Will the Parthenon Marbles Return to Greece in 2026?», *Greek City Times*. <https://greekcitytimes.com/2025/09/07/parthenon-marbles-return-to-greece-2026-update/>

⁶⁰ N. Bourdaniotis, «Will the Parthenon Marbles».

⁶¹ N. Bourdaniotis, «Will the Parthenon Marbles».

nacional griego entre los rasgos «nobles» derivados de la herencia helénica (que podían garantizar a los griegos una posición entre las nuevas naciones valientes de Europa) y los rasgos «degenerados» que le legara la teocracia bizantina y el dominio otomano. A medida que la nueva comunidad imaginada se iba consolidando, las antigüedades, signos materiales de continuidad entre la Grecia clásica y la nueva nación, cobraron una gran importancia al pasar a convertirse en el principal argumento para luchar por su libertad y solicitar la ayuda de las potencias europeas.

Así, la idea de nación se construyó como una entidad territorial idealizada en la que la lengua griega y la narrativa histórica producida por el helenismo occidental proporcionaban fuertes elementos de continuidad con el pasado clásico⁶². Por ello, la denominada Ilustración griega buscó adaptar las ideas ilustradas liberales a la confección de una nueva identidad fuertemente influenciada por el filohelenismo romántico, creando un marco teórico para determinar las características que definían lo griego y justificar la independencia de la nación⁶³.

No obstante, la discontinuidad histórica que representaba la disyuntiva entre lo heleno y lo bizantino se reveló como un problema a la hora de justificar la identidad nacional y su proyección como heredera de los antiguos. Esto llevó a los intelectuales griegos de mediados del XIX a poner en marcha un proceso de helenización del pasado bizantino con el objetivo de eliminar dicha discontinuidad histórica. De esta manera, se conseguía una homogeneización cultural, que se iba imponiendo sobre la ciudadanía de todo el territorio que en ese período ocupada el Reino de los griegos, así como una concepción histórica nacional que presentaba una continuidad ininterrumpida⁶⁴. Para ello limpiaron la lengua, la toponimia y el patrimonio de todo elemento extranjero o no clasicista, utilizando, los restos arqueológicos como evidencia tangible de la herencia clásica.

En este sentido, la Acrópolis se convertiría en la encarnación del idealismo y fetichismo que proyectarían las potencias europeas sobre el pasado clásico; así como la nación griega sobre su propia autopercepción impuesta por dicha idealización. Así, el conjunto arqueológico se convertía en el emblema del Estado y de la nación, sacralizándose como un territorio que debía mantenerse fiel a dichos principios. Además, esto permitió crear una «marca» exportable al exterior que pudiera usarse como elemento de poder blando.

En cualquier caso, la ausencia de las piezas que fueron extraídas afecta notablemente a la helenización del país, ya que la importancia significativa

⁶² Νίκος Παπαδημητρίου και Άρης Αναγνωστόπουλος (eds.), *Το παρελθόν στον παρόν: μνήμη, ιστορία και αρχαιότητα στη σύγχρονη Ελλάδα* (Atenas: ΚΑΣΤΑΝΙΩΤΗΣ, 2017).

⁶³ Stratos Myrogiannis, *The Emergence of a Greek Identity (1700-1821)* (Cambridge: Cambridge Scholars Publishing, 2012), p. 95.

⁶⁴ S. Myrogiannis, *The Emergence of a Greek Identity*, pp. 122-126.

de dichas piezas mantiene el proceso incompleto. No obstante, como ya se ha mencionado, parece haber cierto optimismo para 2026, ya que podría haber avances en la devolución de las piezas británicas permitiendo, de alguna manera, seguir avanzando el proceso helenizante de la nación griega.